

PEREA SILLER, F.J., *Fray Luis de León y la lengua perfecta*, Córdoba: Editorial Camino, 1998, 163 págs.

Esta obra, en líneas generales, puede considerarse un trabajo de investigación lingüística, ya que profundiza en algunos aspectos de las ideas lingüísticas de Fr. Luis de León. Esta presentación se centrará, por tanto, en la exposición de dichas ideas lingüísticas.

El autor ha dividido la obra en cuatro capítulos, con los siguientes contenidos: desarrollo histórico del hebreo como lengua motivada; Fr. Luis de León y la cábala; teoría del nombre; y la motivación lingüística del hebreo.

1. En el capítulo primero *-El hebreo como lengua motivada: desarrollo histórico-* el autor expone, ante todo, la teoría lingüística de la Biblia, centrándose en el valor motivado (y mágico) de los nombres y la explicación de la diversidad de las lenguas. En este sentido, es claro que la imposición del nombre en la Escritura nunca es arbitraria, y el método que se utiliza para crear la motivación en los nombres bíblicos suele ser la etimología. Esta motivación que se ejerce en los nombres bíblicos está próxima a la concepción mágica de los nombres en el mundo semítico. En cuanto a la diversidad de las lenguas, las explicaciones parten de una teoría monogenética del lenguaje, que postula la existencia de una sola lengua original, que se corresponde con una sola estirpe primitiva. En segundo lugar, el autor también apunta a la práctica de los padres de la Iglesia como intérpretes de dicha teoría. Los padres griegos, los primeros que incorporan concepciones mágicas a la teoría del nombre, realizaron una síntesis entre el pensamiento filosófico griego y el hebraico, que será el punto de partida para los padres latinos en la consideración del hebreo como lengua sagrada y motivada. De ahí que éstos se apoyen en el *Génesis* y en los padres griegos, siempre con una decidida defensa de la primogenitura del hebreo entre todas las lenguas. San Jerónimo, san Agustín y san Isidoro mantienen la tesis del hebreo como lengua primigenia y motivada, influyendo en las ideas lingüísticas del siglo XVI. Ciertamente este postulado no fue un hallazgo del Renacimiento, porque ya en el s. XIII lo había formulado Roger Bacon, el primer cristiano europeo que emprendió la realización de una gramática hebrea, aunque la primera gramática hebrea la escribió Yehudah Hayyug en el s. X (cfr. H. Arens). A continuación, expone que la teoría lingüística de la "cábala" (según propuesta de Scholem, 1974) o tradición mística judía siempre estuvo estrechamente ligada a la magia, argumentando, por último, que el hebreo es la primera lengua en el pensamiento gramatical del siglo XVI. En realidad, este convencimiento permanece inalterable durante todo el siglo XVII y llega hasta Leibnitz. Es cierto que el hebreo recibe interés de parte de muchos humanistas, aunque para algunos de ellos -entre los que se

encuentra el propio Nebrija— el hebreo es una lengua más. Y es verdad que la consideración del hebreo como lengua primigenia era, en cierto modo, una consideración general. Muchos autores, no sólo Fr. Luis de León, sostienen que la primera lengua tuvo que estar motivada, es decir, con una relación adecuada entre lenguaje y realidad. Entre estos autores, Perea cita a lingüistas del prestigio de Huarte de San Juan, Sebastián de Covarrubias o Francisco Sánchez de las Brozas. Esta motivación del hebreo, que en Fr. Luis se convierte en factor fundamental, será especialmente fructífera en el terreno de la exégesis bíblica. Y para el autor de este libro es comprensible que estos autores que ven en el relato bíblico un texto motivado acudan a la cábala judía, que poseía un aparato teórico formado y los consecuentes métodos de exégesis, para encontrar los secretos ocultos del nivel formal de la escritura. De este modo, se llega al encuentro del humanismo cristiano con la tradición mística judía. Sin embargo, entre los autores del siglo XVI el valor mágico de la lengua hebrea fue tan defendido como atacado. Junto al carácter sacro de la lengua hebrea, también se han de considerar las repercusiones que tendrá la teoría de la *inspiración verbal*, muy generalizada en la teología del XVI, y que en el Concilio de Trento se codificó con la fórmula *Spiritu Sancto dictante*. Es decir, en la concepción del texto sagrado inspirado en la doctrina y en las mismas palabras utilizadas.

Como filólogo Fr. Luis advierte las diferencias entre las distintas versiones del texto sagrado: la hebrea, la griega de los LXX y la *Vulgata* latina. Y dado que ni los LXX ni la *Vulgata* han sabido reflejar todos los sentidos de la lengua hebrea, Fr. Luis desarrolla su exégesis sólo a partir del hebreo.

2. En el capítulo segundo -*Fr. Luis de León y la cábala*- el autor desarrolla un extenso estudio acerca de las influencias o fuentes luisianas. En principio, advierte que la religión católica se dividió entre defensores y detractores de la cábala. En el siglo XVI la cábala se extendió como movimiento de renovación en el ámbito mismo de la Iglesia. En cuanto a la formación de Fr. Luis de León, se recuerda que Alonso de Orozco escribió *De nueve nombres de Cristo*, y que los planteamientos cabalísticos que hace Orozco en una obra latina, las *Declamations*, son utilizados posteriormente por Fr. Luis para la elaboración de su trabajo. Los críticos han señalado que la relación literaria entre los dos textos es incuestionable, pero no se ponen de acuerdo sobre si el opúsculo de Orozco es anterior o posterior a la obra de Fr. Luis. Ahora bien, en cuanto a las *Declamations*, Schuster defiende la influencia de Orozco en nuestro autor. Por una parte, Fr. Luis aprendió de Ciripriano de la Huerga el método de la "filología poligráfica", incorporándolo a la exégesis bíblica. Según Perea, importantes elementos de la formación cabalística del agustino pueden provenir de su maestro. Por otra parte, la relación de Fr.

Luis con Arias Montano está bien documentada, aunque no hay acuerdo sobre si Montano influyó en Fr. Luis o al revés. Por ejemplo, para Sáinz Rodríguez *De arcano sermone* influyó en *De los nombres de Cristo*.

En la exégesis bíblica luisiana puede hablarse de dos fases: una primera fase de “sentido literal”, un tipo de hermenéutica que tenía que apoyarse en los escritos de los autores judíos, y una segunda fase de “sentido místico”, que permite aplicar las técnicas de la cábala.

3. El capítulo tercero se dedica a la teoría del nombre, teoría desarrollada por Fr. Luis de León en el capítulo “De los nombres en general”. En cuanto a la naturaleza del nombre, se manifiesta partidario de que son los nombres los que nos permiten llegar a las cosas y comprender a Dios. Por una parte, Fr. Luis concede al nombre el papel de sustituto de la cosa; y por otra, profundiza en la relación objeto-nombre, encontrando una definición entre ambos, en planos distintos. Para él la realidad de los nombres no es sólo lingüística, sino ontológica. No se trata de una dimensión creada por el hombre, sino que está presente desde la creación del mundo, y dada por la naturaleza, motivada. También Fr. Luis insiste en la idea de que los nombres no son meros sustitutos de la realidad material, sino que tienen un valor existencial que va más allá del valor representativo que se les podría dar. De todo lo anterior se comprueba que la perspectiva de Fr. Luis al abordar su teoría del nombre no es la de un gramático, ya que se pregunta por la relación de los nombres con los objetos nombrados. Este hecho –según Noreña– le sitúa en la línea de las inquietudes de los modistas, al preocuparse estos “por la relación entre los elementos básicos de la realidad (substancia, cambio) y los términos esenciales de la proposición (nombre, verbo)”.

La teoría de “ser en el entendimiento” / “ser en la boca” es una teoría muy cercana al triángulo de Ogden y Richards, en el que al concepto y al sonido se les añade el referente (cfr. Muñio Valverde y Bustos).

El autor piensa que no existe una teoría isomórfica en Fr. Luis, ni éste defiende que toda la humanidad posea en la mente los mismos conceptos de las cosas. Es verdad que existen vínculos que unen ser físico, ser en el entendimiento y ser en la boca. Sin embargo, Fr. Luis establecía una semejanza natural entre el primero y el segundo, y una semejanza arbitraria y convencional del segundo con el tercero. Mientras que en las lenguas imperfectas hace falta distinguir entre “nombre en la boca” y “nombre en el entendimiento”, en el hebreo no sería necesario, pues ambas categorías coinciden ante la cosa. Por lo tanto, el hebreo es la única lengua natural, motivada, y madre de todas las demás. La tesis del hebreo como la lengua que manifiesta la forma universal en la que el hombre comprende las cosas, se demuestra en las exégesis que Fr. Luis realiza al analizar los distintos nombres de Cristo, cuando,

ante un versículo, acude al original hebreo, y de la palabra principal del texto enumera todas sus acepciones, apoyando seguidamente que todas ellas confirman el sentido del versículo.

La distinción entre *nombre común* y *nombre propio* viene a fundamentar su teoría de los nombres, incardinada en la exégesis bíblica. El aspecto más importante que aquí se plantea es la relación que une al nombre propio o común con la cosa, con una finalidad clara de defender la propiedad de un tratado referido a los nombres de Dios. Así, el agustino distingue según la singularidad o pluralidad de los referentes –el nombre común conviene a varios, el nombre propio conviene a uno solo–. Utiliza los términos *imagen* para nombre común y *retrato* (neologismo, sinónimo de “imitación fiel”) para nombre propio. Aunque la lingüística moderna no ha desmentido las distinciones de Fr. Luis entre nombre común y propio, las ha matizado.

El lenguaje, según esta teoría, se convierte en una vía mística. Y la lengua contenida en el texto bíblico queda constituida en símbolo, es decir, se rompe el equilibrio entre significante y significado, porque los signos remiten a una realidad inagotable, mística, por encima de la anécdota que se expresa en lo meramente gramatical. En esta ruptura se pasa de una asociación lógica (significante-significado) a una asociación intuitiva entre el signo motivado y el referente secreto que se puede descubrir en él. Es importante señalar que Fr. Luis ve en los nombres sagrados el instrumento válido para profundizar en el conocimiento de Dios.

Fr. Luis de León plantea la cuestión “nombre propio” vs. “nombre cabal”. En esta cuestión se trata de saber si un nombre finito –en cuanto humano– puede ser capaz de nombrar al ser infinito y, en consecuencia, cómo podemos decir que es un nombre propio –apropiado. Es la misma cuestión planteada primero por el Pseudo-Dionisio Areopagita, y después por Tomás de Aquino. Es fundamental que el autor de este libro haya citado al Pseudo Dionisio, porque toda la teoría sobre los predicados aplicables a Dios y su significación parten de él. La fortuna de su obra *De los nombres divinos* fue tanta que influyó grandemente en toda la literatura mística, peculiarmente en la española y sobre todo en Juan de la Cruz. De casi todos los escritores medievales, en los que se habían formado teológicamente los autores espirituales, se conservan comentarios a la obra de Dionisio.

La cuestión clave que se le plantea a Fr. Luis es cómo armonizar la inefabilidad de Dios con su teoría del nombre. Se trata de un problema hermenéutico, ya que es Dios quien se pone el nombre y este nombre declara todo aquello que Dios entiende de sí. El único “nombre cabal” es “Yahveh”, aquél que Dios mismo se puso. Interesa a la teoría lingüística la distinción que Fr. Luis hace acerca del nombre: los comunes, que son muy generales; los

propios, que se refieren a un solo ser, pero no lo abarcan entero; y los nombres cabales, que se refieren también a un ser concreto y lo abarcan completamente. En cuanto a las relaciones con el referente, son de arbitrariedad para los primeros, de motivación por naturaleza para los segundos, y de necesidad para los terceros. Esta clasificación tripartita sólo aparece en la introducción de su obra. Más adelante, afirmará que *Jesús* es el nombre propio de Cristo, que le abarca totalmente y es resumen de todos los demás nombres. Toda la teoría gramatical de Fr. Luis de León es una apoyatura teórica para su pensamiento teológico.

4. El capítulo cuarto está dedicado a Fr. Luis y la motivación lingüística del hebreo. Hay que advertir que en el siglo XVI el debate sobre la motivación del lenguaje responde a un ambiente general que afectaba a todos los campos del saber. Para hablar de la motivación del hebreo en la mentalidad de Fr. Luis hay que partir de estos dos elementos: la analogía del hebreo con la realidad y la inspiración verbal del texto bíblico. Para Fr. Luis la motivación no afecta sólo a los sustantivos, sino a toda la estructura del texto sagrado. La finalidad del tratado luisiano es acercarse a la esencia de Cristo a través de las denominaciones hebreas. En este sentido, el agustino se fijará esencialmente en los nombres propios para explicar teóricamente los aspectos de su motivación. La motivación de las palabras en Fr. Luis depende de la noción de analogía, o señal de semejanza en el lenguaje. Así, la perfección del lenguaje reside en la adecuación del signo nominal y la cosa nombrada. El agustino se propone demostrar que los nombres de Cristo dados en la Biblia cumplen las tres formas de adecuación: etimología, sonido y figura.

La etimología posee mayor tradición en Occidente. Fr. Luis trata la etimología dentro del amplio campo de significación de los nombres. Para que haya una verdadera semejanza etimológica, si un nombre sustantivo deriva de otra palabra que se refiere a una realidad, el nombre derivado debe mantener el parecido con esa realidad, al menos, en algún aspecto. Sin embargo, Fr. Luis no habla sólo de la mera motivación del nombre respecto al referente, sino que el nombre que Dios pone, califica y llega a determinar a quien es nombrado. Es más, el nombre bíblico permite conocer la naturaleza —o una parte de ella— del ser denominado. Y el término *significación* atenderá tanto al significado como al significante, pues en el pensamiento cabalístico, el significante también posee un contenido significativo, según las sílabas y letras que utilice, según la ordenación que lleven, su valor numérico, etc.

El sonido y la figura son dos aspectos que aparecen estrechamente unidos en la exposición de Fr. Luis, que comparte con los cabalistas la fascinación por los secretos que puedan esconder las letras hebreas.

Uno de los aspectos más discutidos es el llamado “literalismo” de Fr. Luis de León, es decir, su tendencia a atenerse lo más posible a la letra del texto. La teoría de la polisemia bíblica –la multiplicidad de sentidos literales en el texto bíblico– se sitúa como centro de su hermenéutica. Existen, en rigor, dos niveles de interpretación: un sentido literal, gramatical; y otro espiritual, místico, escondido. Lo más interesante para nosotros es la prioridad que concede al sentido literal.

Por último, se concluye que la lengua hebrea es la única que tiene la capacidad de sostener un método lingüístico de conocimiento, ya que permite establecer la ecuación:

nombre = cosa como esencia = cosa nombrada

Mediante este método se puede aprehender el secreto que los referentes guardan.

SALVADOR LÓPEZ QUERO

*Poetas románticos universales. Antología bilingüe.* Ed. y coord. Miguel A. García y Juan P. Monferrer; intr. Bernd Dietz, Córdoba: Universidad de Córdoba (Col. “Nuevos Horizontes”), 1998, 504 págs.

Hay en el mercado y los circuitos académicos libros que apenas sobrepasan su estricta dimensión de textos impresos, limitando incluso todas sus virtudes a las derivadas de un espacio de papel. Hay en cambio obras en las que el libro resultante es un soporte de una dimensión más amplia, en la que el producto editorial no se ve subordinado a un papel secundario o ancilar, sino que se ve potenciado en su impacto y relevancia, en la proyección de su mensaje. Es éste último el caso de la obra que tenemos entre las manos, cuya condición de muy útil e ilustrativa muestra de la producción lírica romántica en los más diversos ámbitos lingüísticos y culturales de occidente es la resultante de una empresa con las características necesarias para convertirse en una viva y pujante realidad científica, académica y cultural.

Se trata, en primer lugar, de una obra colectiva, fruto común de un amplio número de profesores y traductores cuyo núcleo en la Universidad cordobesa se ve potenciado y enriquecido con valiosas colaboraciones de otras latitudes, realizando un fenómeno de por sí raro y valioso. En segundo lugar, se presenta como la punta de lanza de un proyecto de continuidad, concretado editorialmente en la colección “Nuevos Horizontes”, que este título inaugura y que se apunta como destinado a una pronta consolidación y unos positivos resultados. Tampoco es desdeñable el hecho de que la serie se abra con un volumen dedicado a la poesía, y precisamente la romántica, dos categorías casi a contracorriente de los aires de posmodernidad que hoy soplan y ante los que se levanta la solidez de un volumen nada desdeñable; y no nos referimos